



TEOLOGÍA, CULTURA Y AMOR A LA IGLESIA EN EL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

MONS. TOMÁS GUTIÉRREZ CALZADA

Este año de gracia de 1992, en el que nos reunimos en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra para conmemorar su Vigésimo Quinto Aniversario, ha adquirido desde el pasado 17 de mayo, como es bien sabido, un significado histórico especial para la Prelatura del Opus Dei. Y en nuestro corazón —en el vuestro y en el mío— pero también en nuestros labios, como he podido comprobar en estas breves jornadas en Pamplona, rodeado de profesores y alumnos antiguos y actuales, de la Facultad, se hace presente un profundo sentimiento de alegría por la feliz coincidencia.

La celebración de este Aniversario en el año de la Beatificación del Fundador de la Obra, de la Universidad y de la Facultad, es como un gran regalo imprevisto, una caricia de la Providencia, un don de gracia. Y es también para todos, por eso mismo, signo de esperanza e impulso para seguir trabajando con el espíritu fundacional que el Beato Josemaría imprimió personalmente a este Centro académico.

En el despacho del Decano de la Facultad se puede ver una fotografía de Mons. Escrivá de Balaguer en la Ermita del Campus, besando los pies de la imagen de Nuestra Señora. Es un gesto entrañable que otras veces repitió, al tiempo de invocar su protección maternal sobre cuantos desarrollaban su trabajo en la Universidad de Navarra. Tiene esa fotografía una dedicatoria autógrafa, en la que se lee:



«A los profesores y a los alumnos del *Instituto Teológico* de la Universidad de Navarra, con mi enhorabuena por su estupendo trabajo —lleno de tantas realidades y de tantas esperanzas fecundas de servicio a la Iglesia—, con todo mi afecto y con una cariñosa bendición.

Roma, fiesta de la conversión de San Pablo, 25 de enero de 1968.

Josemaría».

Venticinco años después de escritas esas palabras, aquellas realidades incipientes se han multiplicado y las esperanzas de servicio a la Iglesia se han visto confirmadas de múltiples modos. Y la bendición cariñosa del Beato Josemaría continúa asimismo derramándose con abundancia sobre vosotros y sobre vuestro trabajo, del que él tanto esperaba y espera.

1. *Cristo, Señor de la Historia*

Un conocido historiador alemán fallecido hace pocos años, autor de una biografía sobre Mons. Escrivá traducida a diversas lenguas, recuerda en uno de sus artículos el siguiente hecho.

«En el invierno de 1973-74 vino a mi despacho de la universidad un estudiante que quería consultarme sobre diversos asuntos relacionados con mis clases. Al final —yo ya me había puesto en pie— me interpelló con una pregunta que me dejó desconcertado: ‘Profesor, ¿Vd. cree que Dios es el Señor de la Historia?’. Por la tarde, cuando regresé a casa, le referí a mi esposa la ‘pregunta poco convencional’ del estudiante. No imaginaba que hubiera tenido un primer contacto con el espíritu de Josemaría Escrivá, a través de aquel alumno mío que (como supe más tarde) era un ‘hijo’ suyo, un miembro del Opus Dei»¹.

He querido recordar esta anécdota, tan significativa para aquel profesor de Historia, porque sin duda ofrece también un contenido

1. PETER BERGLAR, *Imitando a Mons. Escrivá he aprendido de nuevo a creer*, en *«Así le vieron. Testimonios sobre Mons. Escrivá de Balaguer»*, Madrid 1992, p. 40.

significativo cuando es narrada, como hacemos ahora, en un contexto teológico. Aquella pregunta dirigida por el alumno al Prof. Berglar, si es planteada en un ámbito de personas creyentes, contiene ya implícitamente la respuesta oportuna. Cuando fue enunciada en aquella ocasión, no era simplemente una pregunta directa e interesante, de un universitario a su maestro, sino que era sobre todo, en su sencilla profundidad, una gran afirmación cristiana. El maestro quedó impresionado, y años después aún la guarda en sus recuerdos, aunque asociada ya entonces a lo que él mismo llamará su primer «encuentro sin encuentro»² con Josemaría Escrivá.

Hay, en efecto, en el espíritu fundacional del Beato Josemaría una hondísima percepción del señorío de Jesucristo sobre la Historia, sobre todas las realidades creadas, y en particular sobre la criatura humana por quien todo lo demás ha sido hecho, criatura amada hasta el extremo de la Cruz. Puede decirse que en la entraña de ese espíritu de santidad recibido de Dios, resuena como un eco *ante litteram*, y se ha convertido en vida y meta reales, aquella expresiva afirmación conciliar según la cual, para la Iglesia, «*la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro*»³. Esa convicción de fe se traducía para el Beato Escrivá en un serio compromiso con la instauración y desarrollo del Reino de Cristo en la tierra. «*Regnare Christum volumus!*», *queremos que Cristo reine —manifestaba con fuerza desde el 2 de octubre de 1928*⁴—. «*Deo omnis glorio!*», *para Dios toda la gloria*»⁵.

El Beato Josemaría contemplaba la entera historia de la humanidad como atravesada por la fuerza del amor de Dios⁶: asumida por la ardiente caridad de Cristo⁷. Para él era tarea de los cristianos la de proclamar con su vida y sus palabras ese profundo sentido del acontecer humano, y orientar hacia su verdadero destino todas las actividades y la existencia misma de los hombres.

2. *Ibid.*, p. 41.

3. Cf. CONC. VATICANO II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 10.

4. Cf. por ejemplo, *Camino*, nn. 301, 347, 832, 833; *Surco*, nn. 292, 639, 962; *Forja*, n. 857; *Es Cristo que pasa*, nn. 121, 179-183; *Amigos de Dios*, nn. 67, 196;...

5. *Forja*, n. 639.

6. Cf. *Es Cristo que pasa*, n. 113.

7. Cf. *Ibid.*, n. 84.

«Es la fe en Cristo, muerto y resucitado, presente en todos y cada uno de los momentos de la vida, —escribe en uno de sus textos— la que ilumina nuestras conciencias, incitándonos a participar con todas las fuerzas en las vicisitudes y en los problemas de la historia humana. En esa historia, que se inició con la creación del mundo y que terminará con la consumación de los siglos, el cristiano no es un apátrida. Es un ciudadano de la ciudad de los hombres, con el alma llena del deseo de Dios, cuyo amor empieza a entrever ya en esta etapa temporal, y en el que reconoce el fin al que estamos llamados todos lo que vivimos en la tierra»⁸.

Hablando como ahora entre cristianos y ante teólogos, pienso que puedo formular confiadamente y sin retórica una pregunta que me viene a los labios al oír esas palabras: ¿No se encierra en ellas un atraente sentido de la vida de fe, colmado de significado teológico?, ¿no son al mismo tiempo una llamada a que nos ocupemos de lleno en el esfuerzo de configurar bajo el signo del señorío de Cristo el tiempo histórico que nos ha tocado vivir, con su grandezas y sus limitaciones?

Para todos los que hemos recibido el don de la fe, y quizá con mayor motivo para los que os dedicáis a reflexionar sobre ella y a formar teológicamente a otros, sirviendo así a la Iglesia con una función delicada e insustituible, resultan muy adecuadas las palabras del Beato Josemaría unidas inmediatamente a las anteriores:

«Seguir a Cristo no significa refugiarse en el templo, encogiéndose de hombros ante el desarrollo de la sociedad, ante los aciertos o las aberraciones de los hombres y de los pueblos. La fe cristiana, al contrario, nos lleva a ver el mundo como creación del Señor, a apreciar, por tanto, todo lo noble y todo lo bello, a reconocer la dignidad de cada persona, hecha a imagen de Dios, y a admirar ese don especialísimo de la libertad, por la que somos dueños de nuestros propios actos y podemos —con la gracia del Cielo— construir nuestro destino eterno»⁹.

8. *Ibid.*, n. 99.

9. *Ibid.*



La fe del cristiano, fundada en la Verdad misma de Dios y encendida por su Amor, es luz clarificadora en medio del mundo, e impulso a una constante creatividad. Su libertad de hijo de Dios es un gran regalo, hecho también, a través de él, al mundo en el que vive. La presencia de hombres y mujeres creyentes es una ayuda ofrecida a la sociedad, y debe llegar a ser un estímulo para sus contemporáneos.

Ninguno de nosotros —estudiantes o profesores, laicos o sacerdotes, teólogos o especialistas en las diversas ciencias humanas— debe perder de vista, pues, este sentido cristiano de nuestra vida y de nuestro trabajo, adquirido al calor del señorío de Jesucristo. Precisamente por El, seguirán siendo siempre válidas las palabras que, hace también veinticinco años y a pocos metros de este lugar, dirigía el Beato Josemaría a cuantos asistimos a la Santa Misa por él celebrada y escuchábamos su famosa homilía del *campus*:

«Reflexionad por un momento en el marco de nuestra Eucaristía, de nuestra Acción de Gracias: nos encontramos en un templo singular; podría decirse que la nave es el campus universitario; el retablo, la Biblioteca de la Universidad; allá, la maquinaria que levanta nuevos edificios; y arriba, el cielo de Navarra... ¿No os confirma esta enumeración, de una forma plástica e inolvidable, que es la vida ordinaria el verdadero lugar de nuestra existencia cristiana? Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres»¹⁰.

2. La luz de la Encarnación redentora del Verbo

El Prof. Cornelio Fabro, filósofo e historiador de la filosofía de prestigio universal, cuya obra seguramente conocéis bien, ha pu-

10. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 113.

blicado hace pocos meses un texto sobre Josemaría Escrivá, titulado: «*El temple de un Padre de la Iglesia*»¹¹, en el que dedica un capítulo a estudiar la actualidad eclesial de su mensaje y, más en concreto, a analizar los que él llama sus «nudos teológicos». Pienso que las conclusiones a las que llega tras un serio estudio de las obras editadas del Beato Josemaría, son muy acertadas y atraerán seguramente vuestro interés de teólogos.

Para Fabro, y esto nos permite seguir con el hilo de nuestra reflexión, el fundamento del mensaje espiritual del Beato Escrivá debe ser buscado «*en su comprensión singularmente rica y coherente del misterio de Cristo, perfecto Dios y perfecto hombre*»¹². Esta es, en efecto, una idea que se abre paso por sí misma al analizar la abundante doctrina espiritual del Fundador del Opus Dei, y al tratar de expresar sus raíces teológicas. Y por eso me complazco al exponerla aquí, ante un auditorio tan señalado.

Con particular hondura y autoridad ha formulado esa misma idea nuestro Gran Canciller, el Prelado del Opus Dei Mons. Alvaro del Portillo, quien, hablando del Beato Josemaría en una obra también muy reciente ha escrito: «*La profunda percepción de toda riqueza escondida en el misterio del Verbo encarnado fue el sólido fundamento de la espiritualidad del fundador. El comprendió que, con la Encarnación del Verbo, todas las realidades humanas nobles eran elevadas al orden sobrenatural: trabajar, estudiar, sonreír, llorar, cansarse, descansar, entablar amistad, etc., habían sido también acciones divinas en la vida de Jesucristo; podían, en consecuencia, compenetrarse perfectamente con la vida interior y con el apostolado: en una palabra, con la búsqueda de la santidad*»¹³.

Sé que pensáis, como lo pienso yo, que esa «profunda percepción del misterio de Cristo», que ha trazado un camino espiritual por el que avanzan incontables almas, abre también amplios espacios

11. C. FABRO-S. GAROFALO-M. A. RASCHINI, *Santi nel mondo. Studi sugli scritti del beato Josemaría Escrivá*, Milano 1992 (está en preparación la edición en castellano). El texto del Prof. Fabro —«*La temprá di un Padre della Chiesa*»— se encuentra en las pp. 22-155.

12. *Ibid.*, p. 115.

13. MONS. ALVARO DEL PORTILLO, *Intervista sul Fondatore dell'Opus Dei*, (a cura di Cesare Cavalleri), Milano 1992, p. 70.

a un trabajo teológico apasionante, constructivo, evangelizador, positivamente inclinado además a una relación intelectual sincera con todas las ciencias y con los restantes focos de la cultura contemporánea. Sé también que ese es el empeño con que trabajáis, siguiendo el impulso fundacional de nuestra Facultad de Teología.

¿Cómo no recordar aquí lo que el Fundador y primer Gran Canciller de la Universidad, escribía en el Decreto por el que quedaba erigido el entonces Instituto Teológico, y poco después Facultad, cuyas Bodas de Plata conmemoramos? Entre sus funciones, junto con la de cuidar de la formación doctrinal religiosa de los alumnos de la Universidad, señalaba el Beato Josemaría las de:

«Promover el diálogo científico entre los cultivadores de las ciencias sagradas, fomentando los trabajos de investigación en colaboración con Profesores de Ciencias Sagradas de otros Centros (...). Favorecer el trabajo conjunto de investigación con profesores de Facultades, Escuelas e Institutos de estudios civiles, en cuestiones de interés común a las ciencias sagradas y profanas, para contribuir a una síntesis de la cultura que armonice la dispersión especializada del saber con la unidad de la verdad humana, iluminada y vivificada por la Fe católica»¹⁴.

La Facultad de Teología, sostenida por ese espíritu, ha mantenido, en efecto, sus puertas abiertas de par en par, en estos veinticinco años, a un diálogo teológico e interdisciplinar fecundo y sin complejos, que ha permitido hacer presente la luminosidad de la doctrina revelada en la elaboración y transmisión de los saberes humanos. La presencia de la Facultad en el seno de la Universidad de Navarra, cooperando desde su especificidad en este gran ideal de servicio cristiano a la Iglesia y a la sociedad, seguirá haciendo posible como hasta ahora, e incluso mejorar aún más en adelante, el logro de fruto abundante en vuestro trabajo. Estáis, sin duda, en una situación ideal.

14. Decreto dado en Pamplona el 23.IV.1967, por que se erige el Centro de Ciencias Eclesiásticas de la Universidad de Navarra, n. 3, b) y c).

En el mencionado estudio del Prof. Fabro, su referencia a «*la comprensión singularmente rica y coherente del misterio de Cristo*», que él advierte en la raíz de la doctrina del Beato Josemaría, continúa del siguiente modo: «*Al desafío de esta época de secularización, la Iglesia responde con Mons. Escrivá del modo más radical y eficaz: no atrincherando al cristiano detrás de una barricada construída para defenderlo ni tampoco empujándolo ingenuamente a abrazar una cultura creada para bloquearlo, sino afirmando que la Encarnación del Verbo es el fundamento perennemente actual y operante de la transformación en Cristo de los hombres y, a través de su trabajo, de todo lo creado. ¿Cómo no recordar la emoción con que San Pablo escuchaba los gemidos de la creación, marcada por el pecado del hombre, que espera la revelación de los hijos de Dios? (cf. Rom 8, 19-22)*»¹⁵.

Ese pasaje de la epístola a los Romanos contiene una viva llamada de atención a las conciencias cristianas, y quizá en primer lugar a las de quienes a través de su trabajo docente, del estudio y la investigación, estáis en permanente contacto con la íntima verdad de las cosas creadas, en las que Dios ha dejado una señal de su Sabiduría y de su Amor paterno. Como nos recordaba el Beato Josemaría en el Aula Magna del Edificio Central de la Universidad en mayo de 1974, durante su última estancia en Pamplona:

*«Salvarán este mundo nuestro (...) no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu, reduciendo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que tienen fe en Dios y en el destino eterno del hombre, y saben recibir la verdad de Cristo como luz orientadora para la acción y la conducta. Porque el Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres. Es un Padre que ama ardientemente a sus hijos, un Dios Creador que se desborda en cariño por sus criaturas. Y concede al hombre el gran privilegio de poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio»*¹⁶.

15. O. c., p. 115.

16. *Discurso* en la colación de Doctorados «*Honoris Causa*», Pamplona 9.V.1974.

3. Poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas

«Este es el secreto de la santidad que vengo predicando desde hace tantos años —leemos en un pasaje de ‘Amigos de Dios’—: Dios nos ha llamado a todos para que le imitemos; y a vosotros y a mí para que, viviendo en medio del mundo —¡siendo personas de la calle!—, sepamos colocar a Cristo Señor Nuestro en la cumbre de todas las actividades humanas honestas»¹⁷.

Estas palabras, y en particular la expresión tan característica del Fundador del Opus Dei: *«poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas»*, nos da pie para introducirnos un poco más en la entraña teológica y, por esa razón, cultural de su mensaje. Sintetiza esa frase todo el dinamismo apostólico inscrito en el espíritu del Beato Josemaría, la impronta evangelizadora de su enseñanza. Y en ella se refleja, por decirlo con otras palabras, la imponente fuerza configuradora del mensaje cristiano. «Poner a Cristo en la cumbre» significa conformar con su doctrina el mundo, *«colaborar humilde y fervorosamente en el divino propósito de unir lo que el hombre ha desordenado, de llevar a su fin lo que se descamina, de reconstruir la concordia de todo lo creado, (...) emprender esa empresa grande, inmensa, interminable: santificar desde dentro todas las estructuras temporales, llevando allí el fermento de la Redención»¹⁸*. Y todo eso es acción cultural de primera magnitud.

«Toda la actividad humana —enseña el Papa Juan Pablo II— tiene lugar dentro de una cultura y tiene una recíproca relación con ella. Para una adecuada formación de esa cultura se requiere la participación directa de todo el hombre, el cual desarrolla en ella su creatividad, su inteligencia, su conocimiento del mundo y de los demás hombres. A ella dedica también su capacidad de autodomínio, de sacrificio personal, de solidaridad y disponibilidad para promover el bien común. Por esto, la primera y más importante labor se realiza en el corazón del hombre,

17. *Amigos de Dios*, n. 58.

18. *Es Cristo que pasa*, n. 183.

y el modo como éste se compromete a construir el propio futuro depende de la concepción que tiene de sí mismo y de su destino»¹⁹.

Estas palabras del Santo Padre, testimonio de la profunda sabiduría cristiana sobre el hombre y el mundo, nos permiten comprender, con el Beato Josemaría que «poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas» significa principalmente contribuir a hacerlo presente en el corazón de todos los hombres, y de ese modo en todo el ámbito de su obrar: en el inmenso campo del trabajo y de las relaciones humanas. «Es a este nivel —escribe el Papa— donde tiene lugar la contribución específica y decisiva de la Iglesia en favor de la verdadera cultura»²⁰. Así se construye esa «civilización del amor», única digna del hombre, a la que se han referido los Romanos Pontífices.

A ella también aludía el Obispo Prelado del Opus Dei, en la homilía pronunciada en esta Universidad el pasado 7 de septiembre de 1991, hace poco más de un año. Nos urgía nuestro Gran Canciller a contribuir a la cristianización de la sociedad, y nos recordaba que: «Para que la justicia y el amor de Jesucristo informen, cada vez con mayor extensión e intensidad, todas las actividades terrenas, es imprescindible que la fe ilumine las inteligencias; que la luz de la verdad desvanezca las tinieblas, en que tantas veces los hombres se debaten; que el vigor de la ley eterna aguijonee las conciencias e inspire las conductas; que el bálsamo de la caridad llene de comprensión y respeto mutuo la convivencia. Para colaborar en esta apasionante labor sobrenatural y humana —continuaba Mons. Del Portillo—, la Universidad de Navarra ha de ser un resplandeciente foco de luz»²¹. Y en ella, cabe añadir, ha de serlo también con especial motivación, por razón de su propio trabajo, esta Facultad de Teología.

19. Enc. *Centesimus annus*, n. 51.

20. *Ibidem*, En el trabajo de P. RODRÍGUEZ, *Omnia traham ad meipsum. El sentido de Juan 13, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer*, en «Romana» (Bolletino della Prelatura della Santa Croce e Opus Dei) 13 (1991) 331-352, puede verse una valiosa reflexión sobre la exaltación de Cristo en la Cruz y la atracción salvífica que desde ella realiza.

21. Mons. A. DEL PORTILLO, *Universidad y evangelización*, Pamplona 1991, p. 10.

4. Para servir a la Iglesia

«La figura de Josemaría Escrivá de Balaguer, polifacética y, al mismo tiempo, extraordinariamente compacta —ha escrito el Relator de su Causa de Canonización—, suscita un considerable interés tanto en el pueblo de Dios como entre los teólogos. El estudio de sus escritos y de su servicio eclesial parecen demostrar que la personalidad del fundador del Opus Dei marca una nueva etapa en el panorama de la espiritualidad y de la vida de la Iglesia. La actualidad de su mensaje y de su obra están a la vista de todos; es ‘la viva expresión de la perenne juventud de la Iglesia’, como escribió el Papa Pablo VI. El Santo Padre Pío XII afirmó de él que era ‘un verdadero santo, un hombre mandado por Dios para nuestra época’. El cardenal Höffner declaró que su obra ‘es providencial en la historia de la Iglesia, y presenta tal fuerza salvífica que es imposible exagerar su valor’»²².

He querido traer a colación estas palabras, que nos hablan con cierta perspectiva teológica —como en tantos otros testimonios análogos— del servicio del Beato Josemaría a la Iglesia, para incoar la última parte de mi intervención, en la que deseo referirme a su amor filial, ardiente, teologal y sobre todo, operativo a la Esposa de Cristo, la Santa Madre Iglesia. ¿Qué mejor tema que éste, para ser recordado en una Facultad de Teología, felizmente orientada desde su comienzo a prestar ese mismo servicio fiel? En toda su actividad debe reflejar nuestra Facultad el espíritu fundacional que la anima, y particularmente este rasgo profundo: está para servir a la Iglesia, *«como Ella quiere ser servida»*.

En la homilía de la Misa de acción de gracias por la beatificación de Josemaría Escrivá, celebrada en la Plaza de San Pedro, hacía Mons. Alvaro del Portillo referencia expresa a esa profunda actitud amorosa y filial del Fundador del Opus Dei:

«El Beato Josemaría quiso siempre vivir para la gloria de Dios, y encaminar a ese fin todas las realidades terrenas. Por eso, buscó con toda su alma la unión con Cristo a través de María, y la alcanzó porque amó con todo su corazón y sirvió con toda su vida a la Iglesia»

22. P. AMBROSIO ESZER, *Actualidad eclesial del mensaje de Josemaría Escrivá*, en *«Así le vieron. Testimonios sobre Mons. Escrivá de Balaguer»*, o. c., p. 67.

y al Papa. No puedo menos que recordar la primera vez que vino a Roma, su emoción al divisar la cúpula de San Pedro y rezar el Credo. Aquella noche la transcurrió entera en vela de oración, con la mirada puesta en las ventanas de las habitaciones del Santo Padre, que se divisaban a poca distancia, desde la terraza de la casa donde nos alojábamos, en la cercana Piazza della Città Leonina. Ese espíritu de oración perseverante y penitente, ese amor a la Iglesia y al Romano Pontífice, es el que ha inculcado en multitud de almas y del que hoy, aquí, queremos ser una singular manifestación»²³.

En otra ocasión, y ésta precisamente en Pamplona, con motivo del Acto Académico «*In memoriam*» de Mons. Escrivá, nuestro actual Gran Canciller hacía especial referencia a «*su constante, fidelísimo y apasionado amor a la Iglesia, al Papa y los obispos en comunión con la Santa Sede*»²⁴, y, para dejar mayor constancia quiso emplear las propias palabras del Beato Josemaría. Permitidme que acuda yo también ahora a ellas, y las vuelva a leer ante vosotros, como expresión fehaciente del afán que debe guiar siempre vuestro trabajo:

«*Me considero el último de los sacerdotes de la tierra, pero al mismo tiempo quisiera que nadie me ganara a amar y a servir a la Iglesia y al Papa, porque éste es el espíritu que he recibido de Dios, que trato con todas mis fuerzas de transmitir a cada uno de mis hijos en todo el mundo... La única ambición, el único deseo del Opus Dei y de cada uno de sus hijos es servir a la Iglesia, como Ella quiere ser servida, dentro de la específica vocación que el Señor nos ha dado.*

«*En el Opus Dei, hijas e hijos queridísimos, procuramos siempre y en todas las cosas sentire cum Ecclesia, sentir con la Iglesia de Cristo, Madre nuestra: corporativamente no tenemos otra doctrina que la que enseña el Magisterio de la Santa Sede. Aceptamos todo lo que este Magisterio acepta, y rechazamos todo lo que rechaza. No queremos librarnos de las trabas —santas— de la disciplina común de los cristianos. Queremos*

23. *Homilía* en la Misa de acción de gracias por el nuevo Beato, 18.V.1992.

24. Mons. ALVARO DEL PORTILLO, *En memoria de Mons. Escrivá de Balaguer*, Pamplona 1976, p. 40.



por el contrario, ser con la gracia del Señor —que El me perdone esta aparente falta de humildad— los mejores hijos de la Iglesia y del Papa.

»Nuestro espíritu reclama una estrecha unión con el Pontífice Romano, con la Cabeza visible de la Iglesia Universal. ¡Tengo tanta fe, tanta confianza en la Iglesia y en el Papa!»²⁵.

Con esa misma fe y confianza, concedidas por la gracia de Dios y modeladas según el ejemplo del santo Fundador de nuestra Facultad, es preciso que en estas aulas se continúe desarrollando una tarea abnegada de servicio teológico a la Universidad que la acoge, a la Iglesia y a sus Pastores en Navarra, en España y en todo el mundo, y, en fin, a la entera sociedad con la que compartimos fraternalmente inquietudes y afanes nobles.

¿Son realmente poco tiempo veinticinco años de andadura? Sí y no. Sí parecen serlo cuando se miran las cosas desde la meta final de la Historia, y, desde nuestros humildes esfuerzos por conducir el mundo hacia Dios, vemos quizás aún muy lejano el horizonte del triunfo de Cristo, que anhelamos. No es, sin embargo, corto ese periodo de años cuando, engarzado en la ya larga tradición de amor a la Iglesia dejada como herencia por el Beato Josemaría Escrivá, luce con el sencillo resplandor de las cosas bien hechas.

Mis palabras finales quieren ser un deseo compartido, más que un consejo: continuad trabajando como hasta aquí, seguid construyendo esta preciosa aventura intelectual cristiana que es la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, con el mismo buen espíritu de los comienzos, y estad seguros, como os decía al inicio recordando la fotografía que se conserva en el despacho del Decano, de contar siempre con todo el afecto y la cariñosa bendición de su bienaventurado Fundador.

Mons. Tomás Gutiérrez Calzada
Vice-Gran Canciller
Universidad de Navarra

25. *Ibidem.*, pp. 40-41.